

un lugar del país de los amoritas (Norte de Palestina), des trozando hombres y territorios hasta aniquilarlos. Desde allí se dirigieron a Egipto «con el corazón lleno de planes; pero la voluntad del señor de los dioses (Amon Ra) era cogernos como pájaros.» «Una parte eran guerreros de tierra, otra guerreros de mar; los que llegaron por tierra fueron aniquilados por Amon-Ra que iba detrás de ellos y los que penetraron por las bocas del Nilo fueron como los pájaros que se dejan coger en las mallas de la red» (1).

Rameses III tomó oportunamente las debidas precauciones. En la frontera oriental de Egipto, junto a la fortaleza Magdol (2) — que figura en el número de las fortificaciones construidas por Seti I para asegurar el camino del desierto hacia Palestina y que es el segundo castillo situado al Este del fuerte Zaru — esperó el ataque enemigo al frente de la infantería y de la caballería reforzadas por los contingentes de Asia; al propio tiempo había reunido en la costa o mas bien en el lago Menzalé, una gran escuadra, «una verdadera muralla de buques, barcos y canoas tripulados desde la quilla hasta el timon por valerosos guerreros con sus armas.» Los dibujos que cubren los pylones del templo de Medinet Abu nos ofrecen un cuadro vivo del curso de la lucha: en ellos vemos que en tierra, después de derrotados los enemigos, se traba un encarnizado combate junto a los carros de bueyes análogo al que se trabó junto al castillo carros de bueyes parecidos a los de los cimbrios, donde encuentran la muerte los últimos defensores, siendo arrancados de allí y reducidos a esclavitud sus mujeres y sus hijos. En el combate naval las canoas enemigas son derrotadas por las galeras egipcias, cuyos guerreros penetran en ellas y pasan a cuchillo a sus tripulaciones. Una sección de arqueros egipcios situados en la playa apoya el ataque con sus disparos de flechas. Las dos batallas terminaron con la completa victoria de los egipcios. «Los que habían llegado hasta las fronteras de mi reino — dice el rey — no volvieron a recoger ninguna cosecha mas; sus almas fueron a los infiernos (3); los que enfrente de ellos se habían juntado en el mar fueron devorados por la llama de la guerra.... fueron muertos a la orilla del mar y acuchillados hasta formar montones de cadáveres, y sus barcos y cuanto en ellos había, sumergidos en el agua.» También esta vez regresó el rey a su capital con esclavos, «innumerables como las arenas de los arroyos,» que fueron encerrados en fortalezas y obligados a pagar tributos a los templos.

Rameses III debió a sus tropas mercenarias la victoria conseguida sobre los pueblos marítimos, lo propio que todas las demás por él obtenidas, pues si bien en el ejército figuraba siempre el contingente egipcio a pie y en carros con sus capitanes, al lado de éste estaban los «numerosos pueblos auxiliares,» los schardanas y los qahaqs libios (4), y que fueron estos los que mas contribuyeron a decidir la batalla demuestran los dibujos egipcios, en los cuales se ven en primer término los schardanas, fáciles de conocer por sus yelmos. De suerte que Egipto debió la restauración de su poderío, no a su propia fuerza, sino a la de los extranjeros, cuyos servicios podía proporcionarse con sus riquezas.

Nada dice la relación egipcia acerca de la suerte que posteriormente cupo a las hordas derrotadas en las puertas del Egipto; solo le interesa la victoria del rey. De seguro que la

(1) Dumichen: *Inscrip. hist.*, tomo II, 46, 52 y 47 a. Los demás textos en Erene: *Fouilles à Thèbes*, 1-3. El gran papiro Harris se satisface con datos generales.

(2) Seti I escribe este nombre Maktar, Rameses III Magadir y los griegos Magdolos (así dice Ecateo en Esteban de Byz.; en cambio Herodoto, II, 59, dice Megiddo): en el Antiguo Testamento se encuentra designada esta fortaleza con el nombre de Migdol.

(3) Literalmente: «son impotentes para una eternidad.»

(4) Véase el *Pap. Harris*, I, 75, 1. 76, 5. 78, 9.

ola de la invasión fué deshaciéndose poco a poco; con el triunfo de los egipcios la victoria huía de los invasores; a la primera derrota hubieran seguido indudablemente otras. La inmensa mayoría de los extranjeros pereció en la lucha o se esparció a todos los vientos; esto no obstante, parece que un resto de ellos se estableció definitivamente al Sur de Siria en la llanura de la costa de Palestina. Los escritos de los hebreos dicen que el pueblo de los filisteos, que después tanto dió que hacer a los hijos de Israel, no era indígena en el país, sino que procedente de muy lejanas tierras, de la «isla» Kaphthor, había inmigrado allí expulsando a la población del territorio de Ascalon y Gaza, es decir, a los auwitas (5). No es cosa imposible que los filisteos sean idénticos a los purstas (pulistas, ó como quiera que se pronunciara entonces este nombre) de las inscripciones egipcias y que vengan a constituir el último resto de la gran emigración de pueblos. Pero si esta hipótesis es cierta, hay que convenir en que los extranjeros se confundieron rápidamente con la población indígena, lo cual, por otra parte, nada tendría de extraño. Los nombres filisteos que el Antiguo Testamento menciona son genuinamente semitas, pero el tronco de este pueblo se diferencia de sus vecinos en varias cosas, entre ellas en la inobservancia de la circuncisión.

El reino cheta no pudo rehacerse del rudo golpe que con la invasión de los bárbaros había sufrido. Cuando en 1120 antes de J. C., Teglatfalsar I llevó los ejércitos asirios a la Siria septentrional, existían allí ciertamente algunos reinos chetas en Karkamisch, en el Amanos, en el valle del Orontes; y mas hacia el Sur citan también los hebreos los reinos de Hamat y de Soba y Damasco; pero el gran rey de los chetas había desaparecido y con él la unión que había hecho de los distritos sirios un Estado unido y capaz de resistencia.

En cambio, Rameses III, como consecuencia de su victoria, restableció la soberanía de Egipto sobre los territorios mas meridionales de Siria, comenzando por sojuzgar, como en tiempo de Seti I, a los beduinos de la península del Sinaí. «Yo derroté a los se'irer (los habitantes de la conocida montaña edomítica Se'ir), que pertenecían a las tribus schasus (beduinas), y saqué sus tiendas» (6). El botín, consistente en prisioneros y en rebaños, fué conducido a Egipto para el servicio de los dioses. En la gran memoria que da cuenta de su gobierno y que nos ha sido conservada en un papiro, no se habla de mas luchas de Rameses III, de lo cual puede deducirse que no hizo en Siria una guerra formal. Sin embargo, quedó sometido a él el Sur de Palestina, por lo menos, pues el Faraon se alaba de que los habitantes del país llevaban sus productos a Tebas, la ciudad santa de Amon. Construyó en honor de Amon «un templo en el país de Canaan grande como el horizonte del cielo, al cual acudían con sus tributos los habitantes de Rutenu.» Además de esto, regaló a los dioses nueve ciudades en el territorio de Charu, repitiendo muchas veces que Charu ó Zahi estaban a él sometidos. Esto pudo, quizás, haberle obligado a sostener luchas. Tampoco faltaron escaramuzas con los negros en el alto valle del Nilo. El rey regaló a Amon 2,607 y a Ptah 205 prisioneros sirios y negros, entre los cuales figuraron indudablemente «el infeliz caudillo cheta» y «el infeliz caudillo amorita (amorreo),» cuyos retratos como prisioneros mandó dibujar. Quizás cayeron estos en poder de los egipcios como compañeros de los pueblos marítimos, pero en ningún caso puede creerse que se tratara del gran rey de los chetas. De igual modo figuran entre los prisioneros «un caudillo del infeliz país de Kusch» y una porción de caudillos negros (7). Entre las inscripciones

(5) Amós, 9, 7. Jeremías, 47, 4. Deuteronomio, 1, 23, y Gén., 10, 14.

(6) 'ahai = אַחַי.

(7) Véase también Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 219 e.

del rey se encuentra una larga lista de lugares en su mayor parte desconocidos y quizás pertenecientes al Norte de Siria; entre ellos están también los de Chaleb y Karkamisch, así como en otros pasajes no faltan el de Naharain y otros análogos. Ya sabemos lo que esto significa; si el rey hubiese conquistado realmente los últimos lugares, de seguro que en sus inscripciones, y sobre todo en su memoria dando cuenta de sus actos, no hubiera guardado sobre ello un silencio tan absoluto. Que las posesiones de Rameses III en Siria no eran muy extensas lo demuestra el hecho de ser en muy corto número los tributos y presentes que de ellas afluyen al templo.

Una vez derrotados los libios y los pueblos marítimos, el

imperio egipcio pudo disfrutar de una paz no perturbada, y hasta en esto se pareció al de su gran antecesor el reinado de Rameses III. «Durante mi tiempo dejé que permanecieran en paz en sus guarniciones la infantería y la caballería, los schardanas y los qahaqs, los cuales podían estar echados de espaldas.... no había guerra con Kusch ni con los enemigos de Charu; sus arcos y sus armas permanecían tranquilos (1) en los almacenes, y ellos podían embriagarse y divertirse; con ellos estaban sus mujeres y sus hijos y no tenían que mirar detrás de sí. Disfrutaban de buen humor y yo estaba entre ellos con fuerza para protegerlos.» Esta descripción que de sus tropas hace el buen monarca no es muy honrosa, según las ideas que hoy profesamos, para el ejército ni para



Prisioneros purstas (Medinet-Abu).

los generales; pero es muy gráfica desde el punto de vista del ideal egipcio sobre la vida.

La paz fué también provechosa para otras clases de la población. «Dejé crecer en todo el país verdes árboles a cuya sombra se sentaba la gente y procuré que las mujeres egipcias pudieran ir a donde quisieran sin que ningún malvado las molestara.» «Poblé el país con hombres de todas las clases, con hombres y mujeres,» ó como se dice en otro pasaje: «dejé nacer en Egipto numerosas generaciones de criados de la corte, de príncipes, de infantería y caballería, de schardanas y de kahaks» (2). El rey es, al propio tiempo, el dios dispensador de la vida y todo el que nace durante su gobierno le debe la existencia. Hay que tener en cuenta que sin duda cada Faraon ha hablado de su gobierno en análogas frases, lo cual no quiere decir que el país no disfrutara en tiempo de Rameses III de un bienestar especial.

Esto se demostró también en una serie de empresas pacíficas. En el país montañoso de Aian, frente a Menfis, construyó el rey una gran cisterna destinada probablemente a los canteros que allí trabajaban. Las minas de oro de Nubia y de los montañosos territorios de Arabia fueron activamente explotadas, lo propio que las de lapislázuli (*mafkat*) de la península del Sinaí. Las minas de cobre de Ataka, cuya situación por desgracia ignoramos, fueron visitadas en buques y proporcionaron ricos productos. Las relaciones con Punt fue-

(1) «En paz;» Rameses III aplica aquí, como en otros pasajes, erróneamente la palabra semítica *schalám*.

(2) Parece imposible que de estas palabras se haya querido deducir que Rameses III introdujo en Egipto una división de castas.

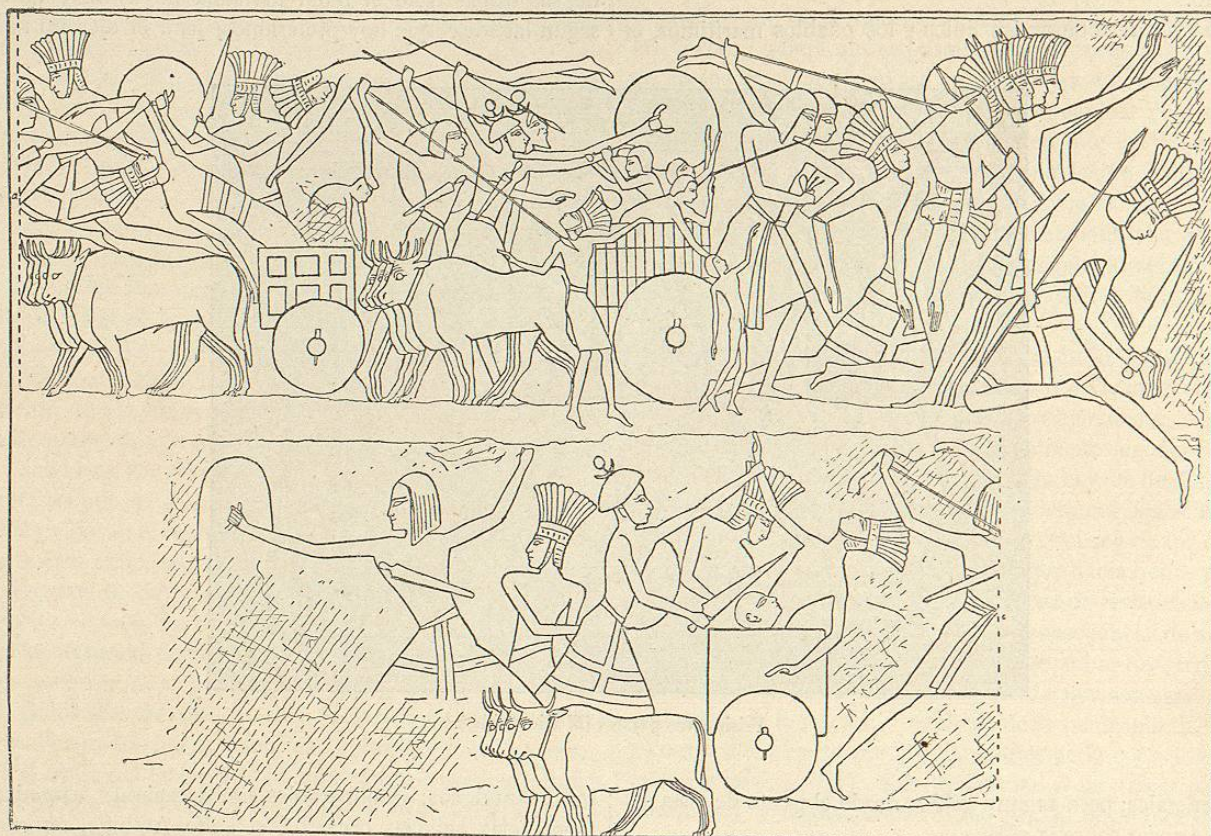
ron reanudadas; innumerables embarcaciones cargadas de mercancías egipcias cruzaron el golfo Árabe, retornando con incienso como en tiempo de Ha'tshepsut y con indígenas que se habían agregado a las expediciones egipcias. La vía mercantil iba, como antiguamente, desde Koptos al mar Rojo, y Rameses IV, el monarca que inmediatamente sucedió a Rameses III, fué el primero que estableció un nuevo camino para el comercio.

Ya se comprenderá que el esplendor del soberano se puso también de manifiesto en las construcciones. Siguiendo estrictamente el ejemplo de Rameses II, construyó Rameses III en la necrópolis tebana de Medinet-Abu un templo dedicado a Amon y destinado a glorificar sus propias hazañas; a sus inscripciones y esculturas debemos la mayor parte de las noticias que tenemos acerca de sus guerras. Junto a este templo se levanta un edificio donde se guardaban las riquezas del santuario; los dibujos de sus paredes nos presentan la gran cantidad de oro, plata, piedras preciosas, incienso, etc., que allí se conservaba. Delante del templo se alzaba un palacio, cuyo vestíbulo se conserva todavía. Era un alto edificio en forma de torre dividido en pequeñas habitaciones cuyas paredes representan escenas de la vida del harem (3); en ellas vemos al rey rodeado de hermosas mujeres, sin mas prendas de vestir que unas sandalias y un collar, que le ofrecen flores y juegan con él a las damas. La parte principal del palacio era de madera y ladrillo, y por esto ha quedado convertido como otros palacios reales egipcios en un montón de ruinas.

(3) Erman (*Egipto*, tomo I, pág. 259) ha dado esta explicación dudosa del hasta entonces enigmático pabellón de Medinet-Abu.

También se ve patente la actividad del rey en distintos templos tebanos, especialmente en Karnak, donde construyó un santuario para cada una de las tres divinidades de Tebas, Amon, Mut y Chunsu. Del mismo modo en Abydos, en Menfis y en otras partes, en el delta especialmente en Tell-Jehudiye, construyó nuevos edificios ó ensanchó los que ya existían. Todo cuanto hizo en honor de los dioses y todo cuanto les regaló hízolo incluir al fin de su reinado de treinta y dos años en la minuciosa memoria justificativa que tantas veces hemos mencionado; y á pesar de todo lo que sabemos acerca de la prodigalidad de los Faraones del Nuevo imperio

en honor de sus dioses, no podemos menos de sorprendernos ante las exorbitantes sumas que en esta memoria se consiguan (1). Según se dice en ella, el rey regaló á las divinidades 169 poblaciones, 113,433 esclavos, 493,386 cabezas de ganado, 1.071,780 fanegas de tierra, 514 viñas, 2,756 estatuas de dioses de oro y plata, etc.; á esto hay que agregar los ingresos ordinarios en objetos de oro y plata, redes, vestidos, vino, aceite, cereales, etc., que los templos obtenían de las propiedades que les habían sido cedidas, y las donaciones que el rey hacía para las fiestas de los sacrificios y que consistían en incienso, frutos, pan, cerveza, preciosidades, etc. De haber



Lucha de los egipcios y de los mercenarios schardanas contra los carros de bueyes de los purstas y los aliados de éstos (Medinet-Abu, según Rosellini.)

continuado esto así, en poco tiempo todo el imperio habría pasado á poder de los dioses. El Amon tebano obtuvo, sin embargo, la parte del león, pues que le correspondieron 86,486 esclavos, 421,362 cabezas de ganado, 898,168 fanegas de tierra, 65 poblaciones y todas las estatuas antes citadas; después de él, fueron atendidos los otros dos principales dioses del imperio, Tum de Heliópolis y Ptah de Menfis, siguiendo luego todas las innumerables pequeñas divinidades y santuarios del imperio, que recibieron también algunos presentes.

Como reverso del plácido cuadro que del reinado de Ramesces III hacen las descripciones oficiales (2), poseemos una parte de las actas referentes á una gran conspiración tramada contra la vida del rey. Fraguada en el harem del soberano, tenía por objeto, á lo que parece, entronizar á uno de los hijos de éste, «Pentuer, que también llevó aquel otro nombre.» El complot, tramado por una ambiciosa esposa del soberano y por un elevado funcionario del harem, tenía extensas ramificaciones, y muchos dignatarios de la corte, un

(1) Véanse las confrontaciones en Erman: *Egipto*, tomo II, pág. 406.

(2) Podemos consignar en este lugar que Ramesces III era probablemente el rey Ramsés III, de cuyo tesoro refiere Herodoto un cuento muy conocido que en Orcomene se cuenta también de Trofonio y Agamedes, que construyeron una casa de tesoro para Hircio.

comandante de las tropas de Etiopía y altos empleados estaban dispuestos á secundarlo. El administrador de los bueyes, Penhi, intentó también matar al rey por medio de hechizos y de muñecos mágicos. Pero todos estos planes fueron oportunamente descubiertos y destruidos. Para juzgar á los delincentes instituyó Ramesces III un tribunal excepcional con poderes ilimitados, el cual les condenó á muerte: los conjurados que ocupaban altas posiciones obtuvieron la gracia de no morir á manos del verdugo, permitiéndoseles que ellos mismos se mataran.

Es probable que estos hechos se repitieran en Egipto con bastante frecuencia, habiendo sido algunas veces causa de cambios en el trono; pero la insuficiencia del material de que disponemos no nos permite ahondar en lo que aparece oculto entre suntuosos edificios y laudatorios himnos.

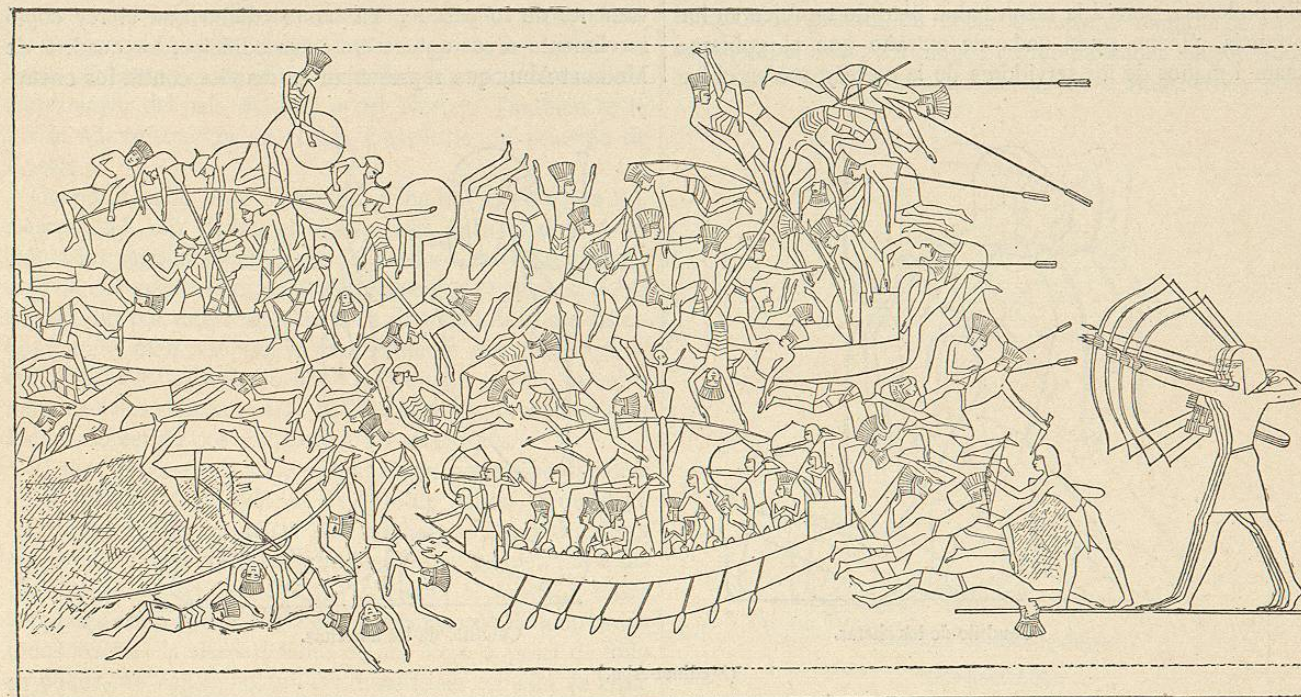
CAPITULO IX

FIN DEL NUEVO IMPERIO

Bajo los reinados de Setnecht y de Ramesces III, el Egipto parecía haber reconquistado su antiguo esplendor; pero esta solo era apariencia, planta sin raíz que pudo por unos mo-

mentos alegrar la vista para luego agostarse rápidamente. Faltaba en todas partes la fuerza interna, la vida real; las victorias se conseguían por medio de mercenarios extranjeros y los egipcios no tardaron mucho en perder por completo los hábitos militares. Bajo el punto de vista de la administración es muy significativo que en tiempo de Ramesces III encontremos á cada paso la servidumbre de la corte, «los maestros cocineros,» que en gran parte se reclutaban entre los esclavos extranjeros, y de la cual salieron los más de los jueces que intervinieron en el citado proceso de alta traición (1). Cuando el rey regresa de sus expediciones guerreras, salúdánle «los

príncipes, los jefes, los servidores de la corte y los escuderos» (2), á quienes cita en primer término entre las clases del pueblo y describe sus victorias. Igualmente funesta era la posición que había alcanzado el sacerdocio, en cuyo poder se estancaban fabulosas riquezas; del sumo sacerdote de Amon de Tebas puede decirse que gobernaba un Estado dentro del Estado. El expediente adoptado por la décimotercera dinastía de nombrar á la reina «esposa de dios» á fin de asegurar á la corona una influencia decisiva, no tuvo imitadores en los siguientes soberanos. Los bienes que eran propiedad del templo estaban exentos de impuestos y los vasallos que en



Combate naval contra los purstas y sus aliados (Medinet-Abu, según Rosellini.)

Tres buques de los bárbaros son atacados por los egipcios y los schardanas; uno aparece ya echado á pique; en la parte inferior, á la derecha, un buque egipcio atacando; en el mismo varios prisioneros. En la gavia del mástil está sentado un marinero, como entre los bárbaros. En la orilla inmediata, los arqueros egipcios apoyan la acción de sus buques.

ellos vivían no podían ser llamados á las armas por el rey, sino por el sumo sacerdote, que por esta razón tenía además el título de general. Ramesces III se alaba de haber cumplido fielmente este precepto, al revés de lo que sus antecesores habían hecho (3). Véase, pues, qué cúmulo de fuerzas y de medios arrebatában al Estado las exageradas atenciones que se consagraban al culto. Tales como estaban las cosas, el patrimonio de la mano muerta debía ir en aumento de año en año con las continuas donaciones. De aquí que las cargas que pesaban sobre el resto de la población se aumentaran sin cesar; el pueblo debía aportar las contribuciones para el Estado y la existencia de la corte, proporcionar los medios para los regalos que se hacían á los templos, y, como si esto no fuera bastante, tenía que aprontar dinero ó trabajos para las construcciones ordenadas por los reyes. Antiguamente se atendía á una buena parte de estas cosas con los prisioneros, con el botín de las campañas triunfales y con los tributos de

Nubia y de Siria, pero á la sazón las guerras habían cesado y estas provincias habían sido perdidas en su mayor parte. Consecuencia necesaria de todo esto era el constante retroceso del bienestar material de Egipto, y esto se observa ya en los tiempos de Ramesces III, el cual, á pesar de su buena voluntad, no pudo en sus construcciones competir con Ramesces II, ni con Amenhotep III ni con Tutmosis III; en cuanto á sus sucesores, ninguno de ellos estuvo en condiciones para construir grandes templos: las fuerzas del país estaban completamente agotadas, como en los últimos tiempos del Antiguo imperio.

No fué, sin embargo, culpa de Ramesces III ni de ninguna otra persona el hecho de que Egipto retrogradara, de un modo lento, aunque no interrumpido. Por más que la ligereza, la incapacidad ó la impotente molición de este ó de aquel soberano pudieran haber contribuido á este resultado y por más que Ramesces III considerara como ideal el estado de cosas de su tiempo y pidiera á los dioses que permitieran que subsistiese eternamente, ningún hombre podía alterar en nada la causa principal. Por el contrario, ya hemos visto que durante la guerra civil se intentó por lo menos acabar con uno de los motivos del malestar, cual era el aumento excesivo de los bienes de los templos, cuya consecuencia fué la pronta ruina del osado innovador.

(1) Uno de ellos lleva el nombre cananeo de Ba'almahar (ó Meherba'al). Véase Erman: *Egipto*, tomo I, pág. 156.

(2) Rosellini: *Mon. stor.*, pág. 132. — Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, 47 a. También en tiempo de Ramesces IX los «maestros cocineros» ocupaban los más elevados puestos públicos. Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, pág. 42, 5.

(3) *Pap. Harris*, I, 57, 9.